

EL TAMBORIL SERRANO, MANANTIAL DE SENTIMIENTOS HOMENAJE A MARCELINO MOYA

Federico Martín Delgado

I. CANTO POETICO.-

Comienza el toque,

y una Venus, renace en las fuentes y manantiales bravíos de la serra-
nía...

Cada nota es una flor alada, un recuerdo petrificado en el corazón
bañado con lágrimas de ausencia. Se diría que es una hoguera de compa-
ses, que, sostenidos en las pingollas de las encinas, se matiza con jazmines
teñidores de las deslumbrantes cales latidoras que elevan, detienen y glori-
fican el alba, revestida con sus lunas enmudecidas...

La flauta es un surtidor sonoro, alquimia de jaras y romeros. Grito de
panderetas acompasadas por un agónico asombro de prisiones inagota-
bles, donde las eternidades se torna blanco tacto, perfumado de silvestres
suspirllos...

También la flauta es compañera ceremoniosa del aguardiente.
Despertadora de pájaros que de las fuentes enmudecidas, regalan dulces y
melancólicos trinos en el difícil equilibrio del caballo con cascos
resonadores.

El tambor se hace compás...; canto armonioso de viñedos y fraguas, de
trigales enlazados a las cinturas que sangran, sed de sentimientos y abani-
ca vivificando a los rescoldos con pucherillos de barro, mientras una cons-
telación barroca, se precipita en las ausencias fugaces asesinándose en las
pupilas enmudecidas...

La flauta, también es cursi mujer, cuando habla de cruces y un balan-
ceo ateneístico, quiebra falsetes y tremola semifusas, o recia, fuerte, bra-
vía, cuando acompaña simpecados o marca arraigadas danzas como las de
Cumbres Mayores, La Esperanza y El Corpus o la de La Tórtola que por
Hinojales glorifica castañuelas y en sus cadencias serranas, libera geranios

asaetados en la primavera, que advierte tonos seculares, en la pureza de los corazones juveniles...

Pero el tamborilero, manantial de sentimientos, borra huellas al camino, atestiguando penas de azucenas murientes. Manda en el braceo de los caballos y hasta se vuelve encajes de esquinas en el despertar de sus melodías...

Es mayestático, sensible, alzador de miradas, que, tornándose oración perpétua de pinares y viejos encinares, araña las voces de los viejos duendes, acrecienta el lirismo del cante y alza botas, acompañadas de palmas para aliviar las gargantas reseca.

Vuelve el tamborilero bajo la metáfora gongorina de los limoneros y yunques en los arroyos perdidos. Cuando su flauta comienza a tocar un asombro de pájaros liberan sus pentagramas contenidos en la soledad del pasar por no pasar...

Inspiración de poetas y pintores, manantial de luz elevada en las ingravidas torres, tu embrujo de lunas y candelas amarra primaveras en el alma y desata manantiales del origen vital del ser serrano...

Tamborileros, nunca moriréis en el trágico olvido y aunque solo despertéis a los borrachos acunados en vuestro arte, siempre seréis un dulce y sencillo son, que reflejados en los espejos sensitivos os tornáis grito de júbilo bajo la mirada misericordiosa de santos y vírgenes, que izando pendones encamináis la búsqueda de una gloria popular...

“Romeros de mil caminos” en la nostalgia de nuestra serranía, sois el más puro de los gritos, el más fervoroso son de fe y paz, que aunando albas y noches siempre seréis ángeles anunciadores del manantial serrano, y arca de nuestros sentimientos.

II. BREVE HISTORIA DEL TAMBORIL.-

Muy poco tenemos escrito en los cabildos e iglesias, ambas partes unidas a las Hermandades, sobre nuestros tamborileros serranos. Y, aunque la danza de la Tórtola de Hinojales parece tener reminiscencias célticas o las de Cumbres Mayores también asimilan su ancestro, el tamboril ha sido un mágico rito transmitido generacionalmente en el más puro y bello dulzor bucólico, que nítidamente contrasta con los toques modernos, siempre asociados, enlazados en los cultos romeros, acompañantes litúrgicos acompañando a La Diosa Madre, divinidad que bajo varias advocaciones (Inanna en Sumer, Instar en Akkad, Démeter en Eulises), permaneció en el ancestro Mediterráneo, siendo Cibeles la más cercana a nosotros y la que

mayor afinidad tiene con nuestras vírgenes serranas y, sobre todo, con la de El Rocío.

Esta diosa Cibeles recibió varios nombres en la antigüedad, como el de Gran Madre de los Dioses, y sus cultos fueron introducidos en Roma en el año 204 a.C. como gran necesidad ante la grave situación provocada por la segunda Guerra Púnica, y según aconsejaban los libros Sibilinos. La traída de la imagen desde Pérgamo y los avatares sufridos en el puerto de Ostia han sido relatados por Ovidio.

Posteriormente, en época renacentista, el pintor Andrea Mantegna plasmó en una pintura la llegada de la imagen a Roma. Dicho cuadro, que se conserva en la National Gallery de Londres, está pintado en una amplia gama de grises, y en él se observan algunos apuntes de interés, a pesar de la regular conservación del mismo. La pintura representa el busto de la Diosa tocada con corona de torres y acompañada de la piedra que la simboliza, aunque es llevada sobre unas parihuelas y un grupo de gentes que acuden a su encuentro.

Pero el personaje de mayor interés para nosotros, a pesar de su situación aparentemente marginal, es el tamborilero que aparece en el extremo del ancho, subiendo unas escaleras. El tamborilero, que toca la flauta y el tamboril al mismo tiempo, lleva una posición muy similar a como lo hacen los tamborileros actuales, precede a la comitiva y parece estar llamando la atención de alguien que estuviera dentro del edificio, y que se adivina tras la escalinata, como parece deducirse de la trompeta que aparece en el ángulo superior.

La presencia de este tamborilero anunciando a Cibeles no es un hecho aislado, pues en un boceto del propio Mantegna para el triunfo del César, en la que aparece también Cibeles con una corona de torres, se encuentra igualmente un joven tocando el tambor (M. Davies, 1961).

La representación del tamborilero por parte de Mantegna, acompañando siempre a Cibeles, no parece que sea simplemente anecdótica o decorativa, dada la fidelidad con la que los pintores renacentistas realizaban sus obras, máxime cuando la flauta y el tamboril fueron símbolos de esta Diosa y al son de ellos y los címbalos se celebraban sus ritos orgiásticos.; como actualmente es, al son del tamboril, cualquier celebración romera. Pero no sólo los pintores renacentistas muestran estos símbolos, sino que hay otros ejemplos artísticos de aquella época, como el que a continuación se describe.

Se trata de una estela funeraria conservada en el Palacio de los Conservadores de Roma (M. Bendala, 1976) en la que se representa a un sacer-

dote acompañado de una serie de objetos de culto, entre los que se conservan el tamboril y la flauta, en este caso, dos cruzadas en el lado derecho de la estela. El personaje representado es, con toda seguridad, un sacerdote “gallus” de Cibeles y Atis, Dios masculino asociado a la Diosa. Los galli son descritos por los autores antiguos como personajes que llamaban la atención por sus ropas de colores muy chillones y sus adornos (cintas, collares, tirabuzones, pendientes), que les daban en definitiva un aspecto afeminado. Y es que ambas divinidades eran servidas por un sacerdocio de eunucos que, ya introducidos en el culto de Roma, podían sustituir la castración por el sacrificio de las partes viriles de un toro (M. Bendala, 1976)

No es extraño que fuesen “...adornados de vistosos cinchos y altísimos frontiles que relumbraban a los rayos del sol poniente y recordaban los adornos con que a esas bestias decoraban los egipcios”. Esta descripción que J. Nogales nos hace de los bueyes que tiran de las carretas de los simpecados, deben asemejarse a los que eran sacrificados y a los que anteriormente hemos aludido. No obstante, el archigallus, figura máxima del sacerdocio de Cibeles e impuesta en épocas imperiales por las reformas establecidas por el emperador Claudio, no necesitaba sacrificar su virilidad (M. Bendala, 1976, Hermanos Eduardo y Antonio Fernández Jurado).

Piénsese en el paralelismo de la indumentaria de los danzantes de La Tórtola o las “jamugueras” de San Benito en El Cerro del Andévalo, cuya danza, llamada La Folía, parece beber en los mismos cauces históricos. Y es que son diversas, junto a las ya expresadas, las evidencias que pueden rastrearse de los cultos de Cibeles y Atis en las celebraciones romeras, sobre todo en nuestra provincia y en El Rocío.

Los momentos de máxima importancia en El Rocío y las romerías que duermen en el campo, como Santa Eulalia, San Isidro o San Antonio, son básicamente nocturnos: el Rosario y la salida de la Virgen al clarear el día, tras una noche de emotividad contenida; y la semejanza no estriba solo en la nocturnidad, donde en las celebraciones se portaban antorchas, hoy velas y bengalas. A estas similitudes hay que unir que los fieles de Atis celebraban procesiones en las que llevaban cañas (incluso había un grupo del clero denominados los canéforos o portadores de cañas), en recuerdo del nacimiento y posterior ocultación del Dios, que creció bajo la protección de la Diosa Madre, y la caña es una instrumento típicamente romero.

Tampoco podemos olvidar la ubicación de ermitas y santuarios en el campo; son las selvas que nos hablan de que Cibeles, la Diosa Madre, es la Diosa de las aguas y sus santuarios siempre aparecen vinculados a fuentes,

pozos, estanques, lagos y ríos, y a lugares donde la divinidad Naturaleza juega un papel importante.

Podría argumentarse que este culto oriental en Roma no implica que se haya difundido necesariamente en España. Pero en Andalucía queda el vestigio la Tumba del Elefante, en la Necrópolis romana de Carmona, que podría demostrar que los cultos a Cibeles y Atis estaban difundidos por Andalucía la Baja, pudiendo haber llegado desde el norte de Africa, donde se había producido la asignación del culto púnico de Tanit, que, al igual que Cibeles, era representada por un betilo, se le ofrecían sacrificios taubólicos y sus sacerdotes se disfrazaban de forma similar a la expuesta con anterioridad, teniendo que sacrificar su virilidad (M. Bendala, 1976).

Adentrándonos en el misticismo cristiano, observamos la visión de San Juan, del que no podemos olvidar su procedencia oriental. Así podemos comprender la influencia que las religiones orientales ejercieron sobre el cristianismo primitivo. Tanit es versión cartaginesa de la diosa fenicia Astarté, venerada en la ciudad de Sidón, y aparece en la Biblia como la Diosa sidónica, siendo reprobado su culto por los profetas del Antiguo Testamento. Esta divinidad semita, hermana gemela del Dios Samas (El Sol), era la diosa de la aurora y el crepúsculo, ambos muy presentes en nuestras concelebraciones serranas, donde el tamboril fue y seguirá siendo guía profundo de una cultura mística, portador de un rítmico son capaz de alegrar y hacer derramar lágrimas al mismo tiempo, siempre buscando una existencia en los ciclos eternos loadores de las religiones más profundas...

Esta ha sido una breve historia, una verdadera crónica que ha servido para adentrarnos en mundo tamborilero. Como dije al principio, nada hay escrito en nuestros archivos. Tan sólo he encontrado en el libro de la Hermandad de la Santísima Trinidad de Los Romeros los emolumentos que percibían por sus actuaciones, sobre todo las que atañen al querido tamborilero de la bella aldea de Navahermosa, verdadero protagonista de este relato.

III. BIOGRAFIA DE MARCELINO MOYA PEREZ.-

Nuestro entrañable personaje nace en el término de Galaroza, en la singular aldea de Navahermosa. Seguro que los rui señores junto a los manantiales cantaron su advenimiento, y que su exquisita sensibilidad fue aprendiendo de esos dulces tonos serranos que, unidos al cante materno lo que un día su flauta filigranera a su compás, deleitaron a tanta gente que, extasiados con sus trinos profundizantes, intuyeron acordes de dioses en el trasminar de su alma.

Fue con todo el sabor novembrino, el 15 de Noviembre de 1892 vio la luz nuestro serrano inmortal. Creo que la Sierra, entonces sería más pura en su contexto rústico, y entre el amarillo de los jóvenes castaños, el sabor a mosto en las tinajas, Navahermosa luz y poesía en sus crepúsculos, empezó a sentir sus pasos.

Según su inscripción en el Juzgado Municipal de Galaroza, su padre D. Estanislao Moya Hidalgo, natural de Hinojales, y su madre, D^a María Cruz Pérez Moreno, natural de Galaroza, le imponen el nombre de Teodoro Marcelino Moya Pérez.

Sus nupcias tuvieron lugar el 21 de Abril de 1918, aunque en el acta de matrimonio solo consta el nombre de Teodoro, omitiendo el de Marcelino, con D^a. Irene Romero Domínguez, ambos nacidos en Galaroza. De este matrimonio nacieron tres frutos, Aurelio, que falleció con poca edad, María y Estanislao Moya Romero, ambos casados, con dos hijos cada uno, Aurelio y Maruja y Aurelio y Jesús, respectivamente, nietos por tanto de nuestro queridísimo tamborilero.

La verdad es que Marcelino tuvo que pasar muchísimas dificultades ya que quedó huérfano de padre a la edad de seis años, teniendo que ayudar a la casa trabajando en las labores rurales propias de aquellos años. No dudo que su trabajo en el campo fue acrecentando su sentido bucólico que, como un sueño deseado de pasos infantiles, le llevó al romántico sueño pastoril de hacerse tamborilero. Una gran destreza en el toque y el compás le hicieron destacar rápidamente, y esa belleza interior que todo autodidacta conlleva le puso en el hermoso camino de arpeggiar ángeles y regalar su dulzura con gran talento; gracias a ello, empieza a gozar de una gran popularidad y a cosechar inmortales amistades, pues no se concebía fiesta o romería donde sus toques melodiosos no hicieran la delicia de todos.

Su incansable trabajo, bondad y gracia virtuosa sembró rosas sin espinos en los senderos serranos y no hubo camino o arroyo por donde él pasara con su tambor al hombro, donde los pajarillos, ruiseñores, jilgueros, alondras rocieras, no salieran a saludarle, de cuyos trinos celestiales tanto aprendió.

Su fama traspasa nuestra serranía y es en El Rocío, alrededor de los años cincuenta, siempre caminando con el bello pueblo de Benacazón, donde se hace acreedor del máximo galardón, obteniendo el primero premio, seguro que en lucha con Carmelo, muerto en estos días, y que se llevó más de cincuenta años al lado del simpecado de Triana, Félix el de Villamanrique, los hermanos Tenazas, los Pollo de Cartaya, etc.; gentes cuya gloria aún sigue hollando caminos en la inmortalidad de las estrellas.

Antes había tocado para los Infantes, en la visita que éstos hicieron a la Romería de la Reina de los Angeles en Alájar, y a quienes tanto impresionaron sus jorgeos de pájaro serrano. Aún cuentan que los aplausos hicieron crecer el manantial alajeño y que un escalofrío hizo temblar los pulsos de todos. También se va con su maravillosa flauta en 1953 a la Feria del Campo en Madrid, donde cosecha un clamoroso éxito con su ritmo, cala profundamente en la Villa y Corte y retorna a su aldea natal con el pleno reconocimiento artístico que siempre otorga Madrid.



Marcelino Moya

Muchísimas anécdotas podrían contarse de él, lo que nos llevaría a ocupar más páginas de las deseadas, pero creo que en este merecidísimo reconocimiento dentro de las X Jornadas del Patrimonio de la Sierra de Huelva puedo seguir describiendo como yo conocí a Marcelino.

Fue en los últimos años, en su asistencia a las fiestas de La Santísima Trinidad, cuando lo sentí por vez primera. Su recuerdo me marcó tanto que aún con seis o siete años recuerdo su son fandanguero, el rosario, la procesión,...

Marcelino llegaba a Los Romeros andando; lo hacía por el camino viejo de Jabugo, desde cuya altitud se contempla la aldea. A media ladera, comenzaba a tañer su flauta, ya su tambor bien templado, los cuales cita-

ban al cohete fugaz que estallaba en el azul. Los niños corríamos a esperarlo. Su saludo era un beso.

- ¿Y tu padre?

- ¿Se han hecho los pestiños?

En la era de La Caseta le esperaba la Comisión de Fiestas, con la correspondiente garrafa de vino, para dar la vuelta a la aldea con un son que era el preludio anunciador de los festejos.

!Qué son el suyo...! Los ruiseñores dejaban sus nidos en la ribera y volaban locos a escucharlo. Las golondrinas, que anidaban en los aleros, se descolgaban para aprender su trino y los gorriones de la torre, alborotados, le aclamaban desde lo alto. Pero no todo era alegría; a la familia que aquel año le había caído luto, el paso de Marcelino era un llorar continuo. Eran otros tiempos y las ausencias parecían doler más que ahora. Luego, la fiesta seguía, copas, cantes,...; y los niños seguíamos fieles a sus toques y simpatía. Un día, como otros, dejó de ir, su enfermedad le retiró, hasta que un día inició la espera celestial que nos depara.

En el libro de las fiestas patronales de 1925, y según cuentan los mayores como mi padre, que ya tiene ochenta y cinco años, aparecen los honorarios que cobraba. Aunque Marcelino alegró nuestras fiestas desde mucho antes, ese año cobró 100 pesetas. A modo de anécdota podemos añadir que el libro registra que la peonada por limpiar la iglesia era de 15,50 ptas. Así sigue hasta la guerra, donde unos años cobró 90 ptas., claro que dependía de las comisiones y su poder adquisitivo. Y fíjense, qué curioso, la Banda Municipal de Galaroza, que actuó durante los años 1934 a 1936, sólo cobró 275 ptas. el año en que estalló el movimiento, un año en que la fiesta hubo de trasladarse a Mayo, incluso sacando tres o cuatro músicos para el baile.

Ya en la posguerra, 1940 y 1941, Marcelino cobra 70 ptas.; así hasta el año 44, donde curiosamente aparecen también los honorarios del cura, en que el tamborilero cobra 130 ptas. y el señor cura por gastos de la función religiosa cobra 150. Indudablemente, el cura trabajaba menos, soplabá menos que nuestro protagonista, pero ya los poderes fácticos comienzan a arrollar. Este desfase entre honorarios continuará en los próximos años; así, en 1952, Marcelino cobra 150 ptas. y el cura, el también cachonero D. Emilio Beneyto, 300; en el 53, el tamborilero obtuvo 175 ptas. por su actuación, y el sacerdote 450, claro que si la peonada estaba a 12 ptas., juzguen ustedes. En 1955, año en que ya se pierde el nombre de Marcelino,

éste cobraría 200 ptas., mientras que el cura 885. Creo que la cosa está clarísima.

Pero Marcelino se nos fue, se marchó con otros tamborileros. Aquello ocurrió el 23 de Octubre de 1971. El médico D. Vicente R. Fernández certificó su muerte por colapso cardíaco y trombosis cerebral. Como todos los artistas, fue su cuerpo el que murió, su espíritu perdurará eternamente. Puedo deciros que cuando estuve estos días con Estani, en Navahermosa, y visité el albo cementerio de la aldea, percibí un escalofrío de tranquilidad, un sosiego que entre los árboles hace respirar aires de gloria, como aquellos que por su flauta nos elevaban al círculo mágico y sorprendente de la belleza serrana.

!Mira cómo se levanta
rompiendo el silencio
el asombro de una flauta,
el son de un tamborilero...;
El laberinto del alma
en la yema de sus dedos,
deja sus aires serranos
levantándose hasta el cielo...

IV. LOS TOQUES DEL TAMBORIL SERRANO.-

He aquí el viento vivo en el agua y el agua en eternal riego de las tradiciones, por eso es el propio viento el que se arrodilla sumiso, para que el tamboril siga su evangelio; que desde Zalamea a las tres Cumbres, o desde Rosal a Zufre, el rito del tambor y la flauta sigue plasmando sus añoranzas de romero y jara, cuyos ritmos se hacen irrepetibles. Todo es un sabor denso, luz de escalofríos, alfaguara de sentimientos, poema inalcanzable que se sublima en las huellas del pasado.

En Almonaster la Real, cuna ancestral de fandangos y coplas de cruces, el tamboril tiene una vital importancia. Uno de sus queridos tañidores fue Tío Juan el Tamborilero, cuyo hijo, José, junto a Félix, sigue la brillantez de sus oropeles de cal, castillo, geranios adormecidos, romero y jara en flor, canto de cruces, fandanguillos de los pinos, de Santa Eulalia,....

El Tío Juan, al igual que Marcelino, han perpetuado su recuerdo en sus respectivos azulejos. Al primero se le dedicó un homenaje por la Hermandad de Santa Eulalia, en cuya Dehesa de la Aguijuela, donde vive la Santa entre viejos encinares, está situada la casa de la Hermandad, conoci-

da por la de la plata. En 1984 se le dedicó un azulejo, obra del catedrático de bellas artes de Sevilla, Francisco García Gómez, pintor de prestigio mundial, y un verso no menos profundo de la poetisa Rafaela Flores, que reza:

Quiere el manijero dar
una gran fiesta en el cielo
y para tocar llamó
a Juan el Tamborilero.

Como siempre, homenaje póstumo; qué se le va a hacer. Pero más sencillo es el azulejo de Marcelino, verso sonoro de la cal latidora de su aldea, que da nombre a una plaza donde sólo se lee: “Plaza de Marcelino Moya”, por lo que sugiero y pido a las autoridades cachoneras que se le pinte un tamborilero, o al menos se haga constar su arte, pues con el paso del tiempo puede caer en el olvido y que otras generaciones no sepan quién fuera este peculiar artista.

Pero han sido muchos los tamborileros que, como dice la poetisa R. Flores, murieron, y estoy seguro que el Manijero los ha reunido para que sus toques resuenen en este trozo de cielo que se llama Galaroza.

También en Hinojales, según transcribe Jesús Blanco, hay una copla transmitida verbalmente donde se le dedica un recuerdo al gran tamborilero “Tío Mahoma”:

!Este año si Dios quiere
dicen que viene Mahoma
y tenemos que ir a esperarlo
a los caños de Carmona;

Seguro que el Tío Mahoma, junto a José Bermúdez, Tío Julián y Tío Tiburcio, muy acertadamente interpretarían como nadie esa danza de la Tórtola, cuya continuación está en Paco, tamborilero actual de ese pueblo y tocador oficial de dicha danza.

Cerca de Hinojales, Cumbres Mayores, también tiene sus importantísimas danzas de La Esperanza y del Corpus. Si la de la Tórtola creemos que es céltica, también Cumbres tiene un ancestro fortísimo. La danza de La Esperanza tiene sus orígenes en el siglo XVII, exactamente desde 1926 y la del Santísimo Sacramento en el XVIII, sobre 1749, según

documentación existente. La primera tiene lugar el segundo domingo de Pascua de Resurrección, o Lunis in Albis, que vulgarmente se conoce como Lunes Albillo. Esta danza se hace dentro de la Ermita de la Virgen, en el interior de la Parroquia y durante el recorrido de las procesiones por el pueblo. La del Corpus se hace en el interior de la Parroquia y durante el recorrido del Santísimo Sacramento, en procesión bajo palio por las calles del pueblo. Las dos danzas gozan de un particularísimo son de tamborileros de profunda singularidad y alzadoras de gracias, cuando llenan de coloridos las calles del pueblo, dando esplendor y gozo a todos los parroquianos y visitantes.

Muchas son las romerías serranas, e imposible hablar de todas, siendo las más importantes las de la Reina de los Angeles, en Alájar, y la de Santa Eulalia, en Almonaster la Real, a orillas del río Odiel.

Como decía en la historia del tamboril, éste está presente en los momentos cumbre de cada sentir romero, sobre todo en las que pernoctan en el campo, tanto el rosario como la alborada o el acompañamiento de la procesión y el simpecado. El alba tiene connotaciones especiales, es un alzamiento febril de aguardientes y fandangos junto al puchero de barro que en la candela calienta el café, y las barrigas de las guitarras se van llenando de luz y las gargantas se alivian bajo los arcaicos encinares, encendidos de pasiones seculares.

“El sentimiento tamborilero no se puede sentir si no se escucha...”

Así sigue el son, recogido por la Santa Madre Iglesia, en cuya liturgia el tamboril, como un consuelo incesante, encabritando locuras de los corceles musicalizados, se arrebuja en su pellejo con un eterno sueño de Salves y Ave Marías.

De las últimas romerías que se celebran en nuestra serranía, a principios de Septiembre, tenemos la de la Patrona de la Sierra, en Alájar, la Reina de los Angeles, que aglutina varios tamborileros en uno de los enclaves más hermosos de nuestra comarca. La Peña de Arias Montano es una custodia silvestre alzada entre rezos y promesas, que revestidas de la suntuosidad del folklore se hace silencio cuando el tamboril en la procesión pasa majestuoso al lado de cada Hermandad, entre simpecados temblorosos y lágrimas contenidas.

Allí, el son del tamborilero se endulza más. El poleo, el paseo a caballo, el alba,...tienen un marco especial. Es como si sus manantiales mecieran estrellas y lágrimas devocionales y, desde lo alto, más cerca de la luz, el pueblo es un impacto deslumbrador que súbitamente amortaja flores y

ciega pasiones, mientras arcángeles voladores multiplican la sangre en los pulsos y se quiebra la voz del rezo.

De Alájar, finalizando en el sentimiento serrano, es inevitable pasar a Almonaster, quien, con más de ocho toques diferentes, se erige en el máximo exponente de la flauta y el tambor serrano. Sus inimitables Cruces, del Llano y La Fuente, fandangos y romeros, unidos a los de Santa Eulalia, con su alborá y sevillanas, atestiguan que estamos ante la riqueza folklórica más importante de la Sierra que nos vio nacer.

Popular es el tamborilero. Letras de fandangos y sevillanas han cantado su bien hacer:

!Qué bonito El Rocío por la mañana,
cuando los tamboriles toca diana;

O el antiquísimo fandango del Cerro del Andévalo:

Al pasar por la ribera
el tamboril “resfaló”,
se encomendó a San Benito
y una adelfa le salvó.

O el Padre Quevedo, cuando escribe para los Romeros de la Puebla “!Tengo en mi casa un tambor...”. En fin, yo mismo les he cantado muchas veces, incluso les he llevado a mis lienzos, tratando de perpetuar su memoria actual.

Desgrane la flauta el hilo de su alma y acompase el tambor su son, no sólo para engrandecer nuestra cultura popular, sino para seguir reviviendo esos sentimientos serranos que, como un interminable río fluyen del manantial sonoro del tamborilero.

Ahí quedan esos profundísimos toques, que sonaron para Marcelino con la pureza y nitidez de su alma. Pero antes de finalizar, quiero dedicarle un poema a nuestro inmortal protagonista, un canto a su memoria, una simple composición, agradeciéndole el regalo, inapreciable regalo, que a todos un día no muy lejano nos legó.

POEMA EN HOMENAJE MARCELINO MOYA

*Estás aquí, en tu último y prolongado toque i n -
acabable de tu canora flauta...*

*Bajo un cielo, un nombre, una piedra o quizás bajo
un olvido, en esa espera de gloria inadvertida, que suena
y se pierde en el tambor de tu bóveda azul.*

*Estás en tu Navahermosa, en tus huesos simplemente.
En un toque asonante, sostenido en tu son verdadero,
lejanísimo del tópico. Vives en la postal de tu casa serra-
na, con golondrinas y lluvias.*

*Vives olvidado, aislado, pero defendiendo el lugar
común de tu alma en el falsete o semifusa que te vela y
sostiene tus trinos encenizados...*

*Ahora eres acorde permanente, rumor del silencio,
compás invisible de una brisa entre el jazmín y el ge-
ranio que tu campana vela y mantiene con luz de música
en el tiempo...*

!Ay, muerte vida...!

*Goza de tu Navahermosa, que ruiseñores y manantiales
con arpas dormidas, levantan tu olvido -tu memo-
ria-, que definitivamente enhebra suspiros de tu gloria to-
tal.*

*Reposa, duerme también nosotros reposaremos conti-
go.*